

ELECTORALISMO

PARTIDOS, sindicatos, políticos, se acusan ahora unos a otros de ser "electoralistas": cada huelga, cada viaje al extranjero, cada discurso o artículo que se haga, cada movimiento de orden público o cada Decreto-Ley que se emita, viene determinado por los adversarios como un movimiento que quien lo hace considera fabricado para conseguir electores o quitárselos a los otros. Hay un fondo de realidad en el tema, pero no es tan peyorativo como parece indicar la acusación. En realidad, cada uno trabaja para conseguir los votos de los electores; es decir, para complacerles, para reunir el mayor número de ellos en torno suyo o de su grupo. Esto debe durar todo el año y constituir una política permanente; en períodos preelectorales se acentúa, naturalmente. Pero el "electoralismo" de las vísperas tiene, efectivamente, unos aspectos de demagogia, que consisten en forzar unos determinados elementos de carácter simbólico, de expresión, que luego no se intentarán cumplir desde el Gobierno si se consigue gobernar. Sin un fin real nacional, sino con el fin electoral. Como ejemplo clásico podría ponerse el de Johnson, en los Estados Unidos, frente a Goldwater, ofreciendo a sus electores paz en el Vietnam y restablecimiento del liberalismo clásico para, una vez ganadas las elecciones, practicar casi la política de su adversario a partir del recrudescimiento de la guerra y la vuelta atrás en algunas de las conquistas realizadas por Kennedy.

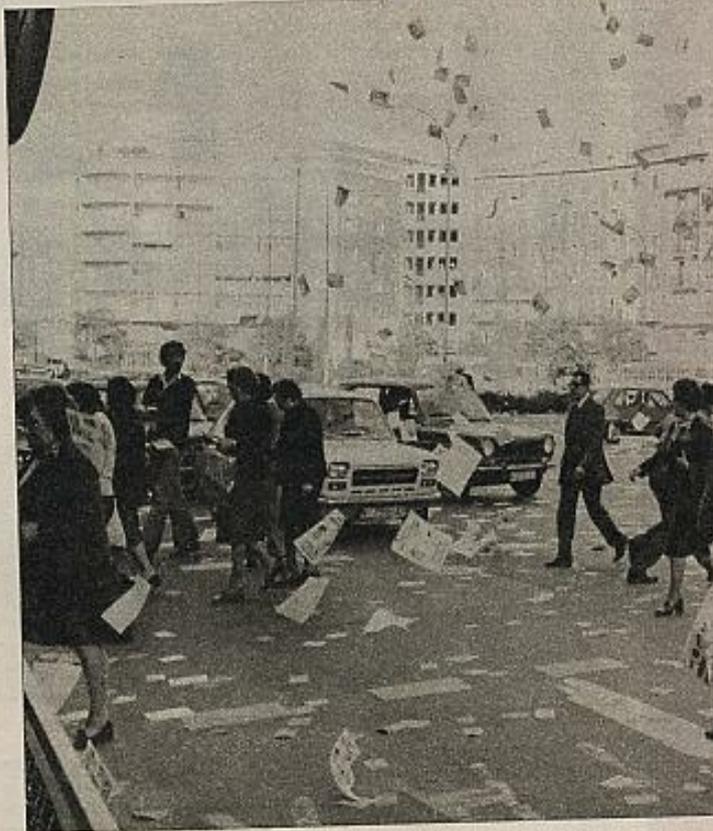
UNO de los riesgos mayores del electoralismo no es el de promesas, o el de golpes bajos —como el "descubrimiento" de un borrador concerniente al aborto, para apartar a las conciencias antiabortistas del Gobierno y de los partidos de la izquierda, o como la campaña sobre una supuesta dimisión forzosa del teniente general Gutiérrez Mellado como ministro de Defensa—, sino el de la deliberada ambigüedad de planes o de programas en los partidos para no perder electores. Si tomamos el mismo caso de la legalización del aborto, como ejemplo, encontraremos que los partidos políticos progresistas —los otros son claramente contrarios— matizan sus declaraciones, las confunden, las reducen de alcance y terminan por no aclarar nada, con el fin de no perder los votos de ninguno de los dos sectores, anti y pro. Lo mismo sucede con la Ley del Divorcio, o con la adhesión de España a la OTAN. Todo ello permite hasta la sospecha de que un Suárez con piel de cordero —hasta sacrificial— que aparece antes de las elecciones como el generoso estadista que nos trajo la democracia, aparezca después de las elecciones, si las gana, como el lobo que la puede devorar. Es decir, como una paráfrasis de Johnson. O como la del De Gaulle que presentó su comprensión —"Je vous ai compris"— a los "pieds noirs" de Argelia para luego llegar a los acuerdos que les expulsarían para siempre del país.

ESTE electoralismo negativo, que consiste en no hacer y no decir, o en hacer y decir cosas que no levantan los temas de la realidad y que se limitan a promesas de felicidad y bienestar, es considerablemente grave. Está ayudando a la falta de credibilidad, a la indecisión a la hora de votar y, finalmente, a la abstención, que no parece convenir a nadie, salvo a una extrema derecha que querría repetir situaciones históricas prefascistas, como la de la República de Weimar: un país de fatigados de la política activa y de personas que no encuentran sus intereses representados en nadie es un país prefascista. En realidad, en España, es un país posfascista, lo que hace confundir las luces de la realidad —una luz de amanecer es muchas veces igual a una luz de ocaso—, lo cual no quiere decir que no haya peligros de recaída. De esta indecisión de definiciones y de esta falta de programación nacieron hechos como los pactos de la Moncloa y los consensos constitucionales, de cuya utilidad se duda

más que nunca en un período como éste, en el que renace —quizá controlada como aspecto, como símbolo— una forma de lucha de clases en una ola de conflictos colectivos. No sabemos, efectivamente, lo que habría sido del país sin los pactos: pero sabemos que los pactos no han conseguido mitigar los problemas sociales ni los económicos.

CONVENDRIA, ahora que estamos prácticamente en la campaña electoral, puesto que aún no abierta realmente todo conduce hacia ella, y más aún con la confusión de que son dos temas de campaña los que se cruzan —las elecciones municipales se celebrarán un mes después que las generales—, que partidos y políticos se definieran algo mejor. Las declaraciones que tenemos ahora son más bien palabras en contra: del enemigo directo o del próximo peligroso. Y son justificaciones personales, en la izquierda y en la derecha: tirantez entre dirigentes, deseos de hegemonías, aspiraciones personales.

PERO lo que se necesita es salir de una ambigüedad programática. El español está queriendo conocer mejor a los partidos y sus dirigentes: no a base de fiestas o de películas, de anecdotario personal o de todo un juego de simpatías humanas. Ni siquiera utilizando cargas históricas, a favor o en contra. Necesita una línea clara de cada uno: una serie de definiciones sobre temas que abarcan a la vida personal. Las declaraciones vagas están fuera de lugar. No basta con decir que se va a restaurar la economía, o recuperar la paz social, y que se va a conseguir el regreso del orden público: hay



Interesa luchar contra las abstenciones, pero no acusando a quien la practica. Falta de atractivo.

EL VOTO Y EL INFINITO

CADA día encuentro alguien que me cuenta su perplejidad. Se mira en la mía. Como dos espejos que puestos frente a frente reflejan el infinito. El infinito y el absoluto son palabras muy españolas. Tratamos de colocárselas a todo: al señor Carrillo, al señor Suárez y al general Prieto. La contradicción que hay en estas incompatibilidades nos deja perplejos. Quizá en los otros países de nuestro contexto se ha ido llegando con más gradación a la reducción de los dioses en la vida diaria. España tiene demasiado cerca la cuestión del franquismo, que impregna a amigos y enemigos con una misma materia. El franquismo tenía una poderosa fuerza de irracionalidad, porque se basaba en la perpetuidad, en lo inmutable, en la inmortalidad.

Desplazar esos factores a las urnas y a los partidos políticos, a los pequeños diputados y a los austeros senadores, es un trabajo tan difícil como inútil. Produce la perplejidad. Cuando el español vota, y lo va haciendo con una considerable frecuencia, termina por creerse que es Franco determinando el destino de España —y el del mundo, por qué no— por el hecho de expresar su voluntad. No olvidemos que el acto de votar ha sido también mitificado por los filósofos de la democracia y dotado de un énfasis especial, cuando en realidad su grandeza la tiene en su humildad: sumarse a unos millones de conciudadanos, ser una pequeñísima parte de su voluntad.

La actitud del español cada vez que se acercan elecciones es, probablemente, excesiva. Es un problema de falta de costumbre, de experiencia; y un peso de la vocación de infinito y de absoluto. Se insiste demasiado en lo del "día histórico" y en la "decisión trascendental". La realidad es que unas Cortes se eligen para cuatro años, que son muy susceptibles de acortarse como ha pasado con las últimas, que han durado unos meses.

Si se consigue llegar a esta sencillez de conceptos, la perplejidad va desapareciendo. Habrá que prescindir de la idea absoluta del partido político, que nos debe representar absolutamente; de la del líder político que es la imagen empuñada de un dios, y de la de nosotros mismos como proyectores de infinito. Un hombre que vota elige la opción que le parece más adecuada para el momento presente, el político que cree que debe mejor representarle a él y servir al conjunto del país desde el Gobierno o desde la oposición. La sed de infinito y absoluto sólo podrían conseguirse votándose a sí mismo, gracia prodigiosa que sólo está al alcance de unos cuantos. Puede uno imaginarse al señor Suárez votando al señor Suárez como el protagonista de un éxtasis místico. Fuera de estos privilegiados, los demás ciudadanos debemos saber que no nos votamos a nosotros mismos: que no hay un solo partido político o un solo candidato que sea idéntico a nosotros. Y que, finalmente, cuatro años son sólo cuatro años. Y que tendremos algunas ocasiones a lo largo de nuestra vida de rectificar si las cosas no suceden como creíamos en el momento de votar. Se elige aquí y ahora, para los temas de aquí y de ahora. Nadie elige a nadie para toda la vida, ni con la intención de que nos salve. Cuando votamos, nos estamos salvando de los salvadores, que suelen ser duros y catastróficos. No se escala una montaña —dicen los montañeros— mirando la cumbre lejana, sino el palmo de tierra que tenemos delante de nosotros.

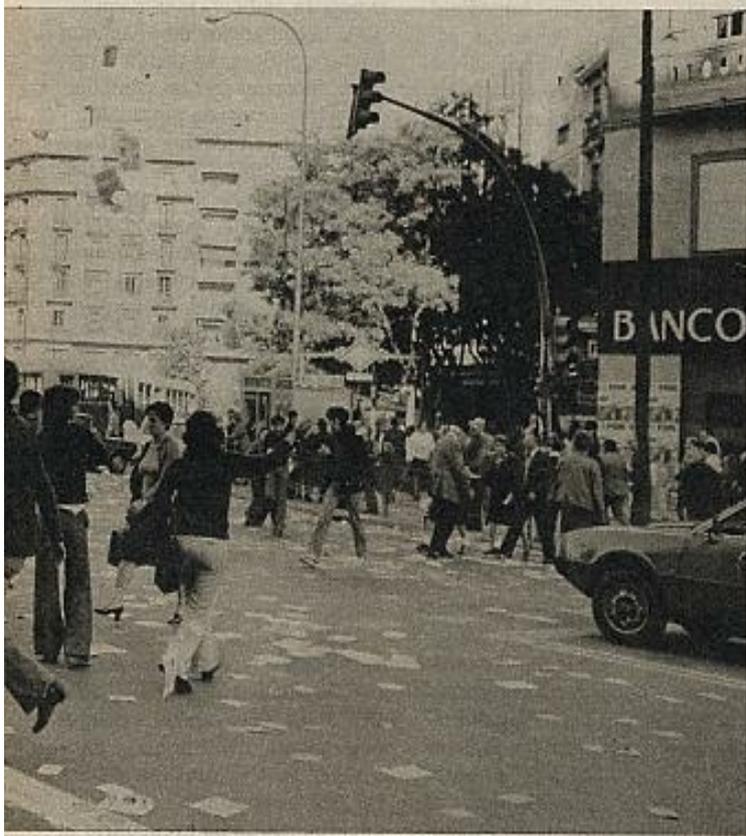
Puede ocurrir que así perdamos un poco de esta perplejidad que nos está angustiando, y que huyamos de esa actitud que en el fondo no es más que una decepción de nosotros mismos: la abstención. ■

POZUELO

que decir cómo se ha de hacer cada cosa y con qué intenciones futuras. Los partidos que así lo hicieran podrían exponerse a perder votos de los disconformes con el programa y a ganarlos de quienes vieran con claridad lo que se les ofrecía y las garantías de cumplirlo. La intrusión de la publicidad profesional, las técnicas de la publicidad comercial, se han infiltrado tanto en la política que terminan por crear una idea indiferenciada de los partidos políticos.

INTERESA, en todo caso, luchar contra las abstenciones. La abstención no es algo de qué acusar a quien la practica, que generalmente no es más que una víctima de la falta de perspectivas, de la falta de atractivo de políticos y candidatos. Es más claro que hay que acusar a quienes la fomentan, por quererla evitar, a quienes practican ese electoralismo de la ambigüedad, de lo que ya condenaba el clásico: "Por ser con todos leal, ser para todos traidor". El ciudadano tiene que elegir, y es una obligación; pero el partido político y el dirigente tienen que elegir previamente. La sonrisa y el maquillaje, la frase brillante y la promesa general, son vicios democráticos difíciles de desterrar, pero que en las circunstancias peculiares de España en estos momentos ayudarían mucho a que el elector saliera de su estupor y a que la democracia tuviera un semblante claro.

ESTA es una tarea especial para los partidos de la izquierda. No pueden hurtarse a ella. Llevan ya años siendo víctimas de su oscuridad; no deberían continuar en ella.



que, generalmente, no es más que una víctima de la falta de perspectiva, de la políticos y candidatos.